

# GUIA PARA EL ESTUDIO DE LA FILOSOFIA

*Continuación* (1)

## IV

### LA FILOSOFIA Y LA VIDA

#### 1. — ¿QUÉ ES LA VIDA?

La pregunta resuena llena de angustia y de dudas en el fondo de cada alma. Ella equivale a esta otra: ¿qué es la muerte? Como la ciencia de lo verdadero no es sino la de lo falso, y como es único el árbol del bien y del mal, así comprender en qué consiste la vida es entender por qué se muere. A la pregunta han contestado en todo tiempo hombres de ciencia, poetas, sacerdotes, filósofos. Sin embargo, permanece ahí fija y oscura, como un enigma; tanto, que muchos, perdida la fe, renuncian a desentrañar el misterio y viven la vida, simplemente. La cual resolución, cuando se cumple debidamente, es también, según nuestra opinión, la única solución del problema, la única respuesta a la pregunta.

Vida es un término que puede significar cosas muy distintas: la vida estudiada por el biólogo, que, refiriéndola simplemente al nutrirse y al reproducirse, describe los diversos cambios: el crecimiento de una primera célula, su desdoblamiento y su multiplicación hasta formar un tejido, el desarrollo del animal desde el semen. El químico indaga cuáles substancias se intercambian en el organismo viviente; el fisiólogo observa con atención las perturbaciones que pueden impedir el funcionamiento de nuestra máquina corpórea, y establece

(1) Véase números 51 al 54 de VERBUM.

diligentemente que, siendo la vida un buen funcionamiento de nuestro organismo, cuando éste está consumido o gastado, la vida deja el puesto a la muerte. ¿No es todo esto claro y simple?

No obstante, el hombre no se contenta: no quiere saber qué cosa es la vida en abstracto, la que tiene en común con todos los demás seres vivientes; quiere saber qué cosa es *su* vida. Y ni aún la vida suya, en el sentido meramente individual. (porque sabe muy bien cada uno lo que ella es: una serie de acciones determinadas, de deseos y de esperanzas, de alegrías y de dolores, de virtudes y de vicios), sino la vida suya en el sentido humano, no en cuanto es Fulano de tal, sino en cuanto advierte en su vida una finalidad universal. En fin, el problema que nos angustia no es éste: “de cuáles y cuántos hechos resulta compuesta nuestra vida”, sino este otro: “qué vale nuestro vivir, qué valor tiene nuestra vida”.

Ahora, después de lo que se ha dicho, no tenemos necesidad de gastar palabras para persuadir al lector que la vida del hombre verdadero es la vida del espíritu, y que, por tanto, sólo en el concepto de su espiritualidad es posible encontrar el de su valor.

## 2. — EL FIN DE LA VIDA

Buscar el valor de la vida es lo mismo que indagar cuál es el fin del hombre, el fin último de su vivir. Es el problema de la ética, y son bastante conocidas las doctrinas de los tratadistas y las discusiones de las diversas escuelas. No podemos entrar en él, por la índole de nuestro escrito, que sólo pretende afirmar el punto de vista en que es necesario se ponga el estudioso. Por tanto, nos limitamos a observar que la multiplicidad y la diversidad de las opiniones al respecto, provino de haber considerado la cuestión empíricamente; lo que puede observarse perfectamente en el género de vida que en particular los hombres desean vivir y viven siempre en lo que pueden.

Para los niños la vida consiste, en general, en el juego y en las fiestas, en comer dulces y en hacer bulla. Para el joven la vida es el placer y el amor. El hombre adulto ama la riqueza, el viajar, la cultura, los honores. El viejo vive pensando en la salud, porque está próximo a la muerte. Pero cada uno de estos fines adquiere diverso valor si diversa es la educación de cada uno: los placeres ofrecen una gradación interminable, que va de los placeres más vulgares a los más nobles, como los que procuran la virtud y el saber; la riqueza nadie la desea por sí mismo (puesto que no tiene ningún valor), sino por lo que sirve para procurarse placeres y diversiones, para vivir cómodamente, para tener facilidades en el estudio, para beneficiar a los parientes y a los amigos.

En una palabra: es obvio que la vida se colora diversamente según los ojos de quien la mira y que su valor es idéntico al de quien la vive. Por lo que, habiendo ya puesto en claro que la naturaleza de cada hombre es espiritual, está claro también que el valor de cada hombre puede conjeturarse solamente de la mayor o menor espiritualidad que en sí mismo realiza, del mayor o menor grado en que se hace hombre.

El fin de la vida consiste, pues, en el desenvolvimiento de la propia humanidad, en el desarrollo de la vida del espíritu. He aquí por qué vivir la vida propia del hombre, la vida de la propia conciencia, intensamente, es, en el fondo, la mejor y hasta la única solución del problema.

Y si frente al tormentoso enigma en el cual acostumbramos envolver el problema, esta solución se parece al huevo de Colón, y, por ende, resulta demasiado simple, devolvámosle su antiguo misterio. El fin último, el que da valor a todos los otros fines es, para la religión, Dios, espíritu absoluto, ley de toda verdad y de todo bien. Aceptar este punto de vista, quiere decir no sólo caer en todas las contradicciones de la transcendencia, sino al mismo tiempo afirmar que la vida nuestra no tiene ya, por sí misma, ningún valor. Si esta solución pareciera mejor, querrá decir que inútilmente el hombre ha salido de la edad media hacia la edad moderna.

El espiritualismo cristiano nos ha enseñado que lo que muere es nuestro cuerpo, pero que nuestra alma es inmortal. Es inmortal, porque no nace con el cuerpo y no pertenece al mundo empírico mensurable con las leyes del tiempo y del espacio. Traduciendo la doctrina cristiana con términos del idealismo moderno, nosotros decimos que la muerte fisiológica no es la muerte del hombre, por la misma razón que la vida fisiológica no es su vida. El hombre es espíritu, y éste no muere, porque es por definición la vida. Si se quiere, es también muerte continua, porque la vida no es concebible sino como triunfo sobre la muerte; pero, sin embargo, el triunfador es siempre el acto del vivir, que resuelve en sí la antítesis de vida y muerte. La muerte es el pasado, en cuanto es considerado absolutamente pasado; el acto del vivir es un perpetuo presente. El niño muere para revivir una nueva vida en el joven; el joven, en el hombre maduro; el padre, en el hijo; el hombre, en el hombre, el espíritu, en sí mismo.

Espíritu, decimos; y no espíritus (éstos son individuales, distintos por accidentes superficiales) sino el espíritu, en lo que supera e identifica a aquéllos, en lo que cada hombre es, y no puede no ser. Si por un momento considero al individuo no como espíritu absoluto, sino únicamente como individuo, ¿qué me resta de él? Me queda el objeto-hombre de la fisiología, una cosa entre las tantas del universo, que nace, crece y muere como todo ser de este mundo. No creemos más en la inmortalidad del alma, — en el viejo sentido de una substancia natural o sobrenatural (lo sobrenatural es también ello natural, si bien de otra naturaleza), que se libra de la suerte de las otras substancias por divino decreto (que por sí debería seguir la suerte de las otras), — sino que afirmamos la inmortalidad en un sentido mucho más verdadero y consolador: como espiritualidad fuera de toda consideración temporal; porque el espíritu determina y mide el tiempo, no viceversa. Nuestra personalidad es una realidad moral que nosotros mismos formamos, y en cada acto de su formación tiene valor absoluto, eterno.

### 3. — LA UTILIDAD DE LA FILOSOFÍA

Toda la vida, pues, es filosófica, mejor dicho, estudio filosófico, una vez comprendido que ella es desarrollo de lo eterno, autocreación espiritual, que se realiza por ley propia, en la intimidad de la conciencia. La que comúnmente llamamos vida del estudioso, y que parece menos activa que las otras vidas, observada en su más profunda realidad, constituye la más intensa y, casi diría, vertiginosa actividad. Y especialmente la del estudioso de filosofía, porque ésta es la única ciencia que puede resolverse toda, sin residuo, en la vida del estudioso. Las otras ciencias, como se dijo, cuando de la objetividad pasan a la conciencia concreta de quien las estudia, deben dejar en el umbral los esquemas, las convenciones, sus mismos fundamentos.

Sin embargo, se repite muy a menudo que las otras ciencias son más útiles a la vida que la filosofía. Si debe entenderse la utilidad en el sentido social, es decir, que las ciencias nos han procurado la luz eléctrica y el vapor, puede contestarse que un Aristóteles o un Descartes o un Kant no han beneficiado a la humanidad con sus libros menos que Euclides, Newton o Kleper. ¿Qué valdrían las comodidades exteriores del vivir civil, si en las conciencias no resplandeciese más luminosa la llama del pensamiento y la dignidad moral del hombre? Si quitásemos de una ciudad todos los hombres y en lugar de ellos pusiésemos animales, aunque fuesen éstos enseñados a conducir vehículos y para regular máquinas, ¿sería todavía una ciudad? La ciencia, como tal, no hace mejor al hombre. Solamente la filosofía le da ese sentido de respeto por todos los valores humanos, en sí mismo y en los otros que constituye la verdadera civilización.

Si la utilidad debe ser entendida, además, en sentido grosero — como, por ejemplo, aquella a la cual alude el poeta con las memorables palabras: *Carmina non dant panem, sed aliquando famem*; o bien repite al filósofo el verso famoso: *Povera e*

*nuda vai filosofia*, callando el verso siguiente: *Dice la gente al vil guadagno intesa*, — en tal caso el filósofo debe gloriarse sí es pobre y está mal vestido, mientras su pobreza atestigüe una vida más noble que la común. No porque la ganancia sea cosa vil (cuando es signo de vida laboriosa, respetamos también el símbolo sensible del deber cumplido). Vil es el hombre si busca la ganancia vilmente.

#### 4. — EL ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA Y LA VIDA

*Primum vivere, deinde philosophari*. Sin embargo, las dos cosas no son en realidad distintas, o, por lo menos, no están separadas. El hecho de que quien tiene hábitos de estudio se retire, a cierta hora, en la soledad de su habitación y escriba o medite; y que luego, a cierta hora, salga y haga lo que sus semejantes hacen, es una representación demasiado superficial de su actividad filosófica, como separada del resto de su vida.

No: el estudioso vive cuando estudia y estudia cuando vive. En la quietud de su habitación elabora en sí mismo aquella más alta conciencia que elabora igualmente en la comunión con el prójimo. Si queremos detenernos en la representación común, puede decirse que el estudio pone a prueba y se hace dueño efectivamente de los conceptos estudiados, cuando los vive realmente en el resto de su vida usual.

Ciertamente, el filósofo come igual que los demás. Pero si miramos esta y tantas otras acciones en su exterioridad, ¿en qué difiere el hombre de la bestia? Mirado, por lo contrario, en su interioridad, en su valor, el comer del hombre difiere del de la bestia en cuanto el hombre de la bestia misma: tiene un valor moral que las bestias no poseen. El cristianismo ha expresado admirablemente el altísimo valor que adquieren las acciones más comunes vistas a la luz de la espiritualidad. El pan que la bestia necesita para satisfacer el hambre meramente fisiológica, para el hombre es instrumento de vida divina y de afirmación de sí mismo. Quien no trabaja, dice San Pablo, no debe comer. El hombre, cuando come, ejerce un derecho y un

deber: el deber y el derecho a la vida, no a la vida bestial, sino a la vida humana. Ese derecho lo posee viviendo humanamente, es decir, viviendo la vida de la propia actividad; y, cumpliendo sus deberes, reconoce el valor de la vida, la divinidad de la vida, o sea la vida considerada espiritualmente. También el pan adquiere un valor divino, y nosotros recomendamos a nuestros hijos que lo respeten y no lo malgasten, como si esto fuese un acto sacrilego. La mesa tiene un valor humano y social. Las bestias no sienten la necesidad de sentarse a la mesa con los suyos y con sus amigos. Quien es padre, sabe cuán distinta es la mesa aunque falte solamente un hijo. En la quietud de la breve hora deseamos no ser importunados para vivir más intensamente el momento que tiene el valor de un sacramento y en el cual, en la santidad de la familia, se afirma la universalidad del individuo. Un extraño nos distrae y nos aleja de la solemnidad del acto. Y si un amigo es a veces admitido en nuestra mesa, hacemos todo lo posible para que se encuentre bien, a fin de que disponga alegremente su ánimo, no para la crápula (si así fuese, lo mismo sería llevarlo a un hotel, donde se quitaría el hambre cómodamente), sino para entrar con simpatía en nuestro pequeño mundo familiar, en lo que la familia tiene de valor espiritual. El huésped se hace sagrado, como sagrado es el hogar doméstico.

Y, si bien en medida distinta, lo mismo ocurre cuando dos amigos cenan juntos, y hasta cuando la casualidad reúne a dos extraños junto a una misma mesa de hotel.

Baste este vulgar ejemplo para demostrar que la vida es una filosofía continua, porque es un acto de conciencia continuo. Toda acción humana puede valuarse en este sentido; y no sólo las acciones que se dicen virtuosas, sino también las viciosas, en lo que éstas tienen de humano. Virtud y vicio son denominaciones empíricas que sirven para catalogar las acciones consideradas fuera del hombre, abstractamente. Pero una vez reconocida la espiritualidad de cada acción (suele decirse que uno come bestialmente, ama bestialmente, etc.; pero ya Beaumarchais había agudamente observado que el hombre difiere de la bestia en esto: que puede beber sin tener sed y puede

amar en cualquier estación del año), el criterio concreto del juicio moral no puede ser otro que el espíritu: acción moral o virtuosa es toda acción en cuanto expresa un desarrollo, una creación de espiritualidad en nosotros; cuando parece significar una detención, un regreso, una repetición mecánica de actos, la juzgamos viciosa. Es, luego, el mismo criterio del juicio lógico: verdad y error son la vida del espíritu, que es pensamiento; bondad y maldad expresan la vida del espíritu, que es voluntad. Porque no son dos vidas, sino una misma vida.

El estudioso de filosofía, por tanto, no es el que se aparta de la vida y se hace extranjero en su patria. Quien así obrase, cultivaría en su estudio una ciencia abstracta (para él valdría la filosofía tanto como la matemática, que embarga el raciocinio, pero deja intacto al hombre, que puede ser ateo o creyente, caballero o pillo, sin que por ello los teoremas ganen o pierdan nada), para vivir después la vida común de todos los demás hombres, como una pesada pero inevitable necesidad. Es, sin embargo, el padre ejemplar en su familia, el ciudadano siempre pronto a sacrificarse por el bien de la patria, que es su familia más grande.

Si así no fuese, la vida no tendría en él ningún valor superior al de la conciencia común, y por ello su ciencia sería una cultura intelectual muerta. Sólo para él vale la frase citada al principio; porque el verdadero filósofo sufriría una amarga e intolerable limitación si para vivir debiese abandonar la filosofía y para filosofar debiese apartarse de la vida, por lo menos de la vida verdadera, entendiendo por tal la que indica el *vivere* opuesto al *philosophari*.

##### 5. — LA UNIDAD DE LA VIDA

Empero, se insistirá, no puede negarse que existe una vida filosófica: la de quien ejerce profesión de filósofo, y una vida de quien no la ejerce; ésta será, por cierto, la filosófica en cuanto es humana; pero de hecho va unida a otras cosas que no son filosofía: el comercio, la política, la administración, etc. En una



palabra: existen los que escriben sobre filosofía y existen los que se ocupan en otros quehaceres. Por un lado yo, que hago filosofía, mal o bien, y por otro el zapatero que aquí, bajo mi ventana, bate la suela fatigosamente, hasta muy tarde, más o menos hasta la hora en que yo, cansado del batir mental, me levanto de la mesa de trabajo, apago la luz, compruebo si la puerta de casa está bien cerrada y me voy al lecho, donde ya duermen los míos.

A nadie se le ocurrirá decir que la comprobación material de esto, que es un hecho vulgar, importa suponer que yo estoy ocioso cuando estudio y que mi amigo el zapatero (que tan bien me calza) es un inconsciente. Ambos trabajamos, y, trabajando concienzudamente, desarrollamos ambos nuestra humanidad: él haciendo zapatos, yo meditando. Las cuales acciones, vistas de afuera, parecen no tener nada de común; vistas interiormente, en su valor, relaciónanse entre sí como una acción de mi vida ordinaria se relaciona con la acción particular que ahora realizo escribiendo sobre filosofía. ¿Por qué, entonces, no estoy siempre en la mesa de trabajo? ¿Por qué no estudio siempre filosofía en los libros? ¿Por qué me levantaré ahora para ir a comer?

Considerar de este modo las cosas quiere decir mirar las acciones desde el exterior. El estudio, el comer, el dormir, el pasear, el conversar con los amigos, etc., una cosa fuera de otra, extraña a otra: multiplicidad de ocupaciones que se siguen y se sobreponen para llenar las veinticuatro horas del día, los doce meses del año, la vida que va del nacimiento a la muerte.

La multiplicidad de conocimientos en los cuales las ciencias naturales dividen el acto único de mi pensamiento se repite en este caso como multiplicidad de acciones. Pero este plural es en sí mismo, en su profunda realidad, un singular: es mi vida, la acción única que se desenvuelve continuamente nueva, creciendo sobre sí misma, viviendo de sí misma. Para mí no existe el comer y el estudiar; existe la vida de mi conciencia, fuera de la cual no encuentro ni siquiera la razón del vivir.

## 6. — EL VALOR MORAL DEL ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA

Las acciones tienen un valor solamente cuando se las juzga en el centro vivo de la conciencia por ellas expresada. Esto no significa subjetivismo, sino subjetividad; no significa arbitrarismo, sino espiritualidad. No negamos el valor moral de la acción; por el contrario, afirmamos que cada acción tiene un valor moral, que es el valor del acto de conciencia del cual surge. En fin, deseamos que la discusión sea llevada a la esfera del sujeto agente, no a su representación empírica.

Hacer un par de zapatos o hacer un libro de Aristóteles pueden ser acciones nobles y buenas, pero también innobles y malas. No digo en abstracto, sino en concreto; porque yo podría saber de memoria todas las obras de Aristóteles sin que mi conciencia participase de ello. En este caso, valdría menos que el zapatero consciente de la belleza de lo que hace y de la dignidad moral de su trabajo. Su espíritu valdría más que el mío; sería más hombre que yo; sería más filósofo que yo. ¡Ay de mí, la amarga ironía de mis manos limpias, de mi traje negro, de los saludos que me hacen porque soy profesor!

Y si, en cambio, parece que él ignora la existencia misma de los problemas que me preocupan, ello es, al fin, porque el problema que me angustia lo angustia también a él, si es verdad que es hombre, o sea un ser pensante y reflexivo. En efecto: también él se desenvuelve en su conciencia, y no se daría tal desenvolvimiento si no fuese reflexión y actividad de pensamiento que de sí mismo saca la razón del propio desarrollo, espíritu, en una palabra, que plantea y resuelve continuamente el problema de la propia vida íntima, y manifiesta sus soluciones en el modo de comportarse consigo mismo, en casa y fuera de ella, en la comunión con el prójimo, en las continuas afirmaciones de la propia conciencia, hablando, trabajando, en medio de esperanzas y desilusiones, en medio de propósitos y de arrepentimientos, ni más ni menos de lo que hago yo ahora y siempre. El hecho de que pueda discutir con él por el gusto de hacer que se confunda con palabras difíciles y con senten-

cias para él misteriosas, no quiere decir nada. Eso probaría, en todo caso, mi inferioridad — no la suya, — porque yo demostraría no respetar la seriedad de mi cultura, que se expone en su efectivo valor interno y formativo, y no bajo el aspecto de erudición y de noticias. Pero si me acerco a él como hombre a hombre, fijando la atención no sobre lo que nos divide, sino sobre lo que nos identifica, sentiré en él mi misma vida y quizás aprenda de él más que él de mí, porque, no obstante mi esfuerzo para traducir en términos de realidad las doctrinas de los libros que estudio (que en los libros son abstractas, y mientras permanezcan tales no crean en mí ninguna convicción, ninguna nueva luz espiritual), él, que en materia de libros no pasa los riesgos que yo paso, puede comunicar a mi conciencia un sentido de la realidad más vivo y seguro. Yo sabré poner en términos científicos un problema espiritual, y él no. Pero para sentirlo y resolverlo adecuadamente, puede que sea él más capaz que yo. Si el caso fuese contrario, entre yo y él habría siempre la misma relación de maestro y alumno: yo seré mejor que él, no porque conozco a Aristóteles y paso largas horas en mi estudio, mientras él bate la suela, sino porque en verdad valgo más espiritualmente.

ARMANDO CARLINI

(Trad. de Bogliolo y Halperín.)